

El anticuario de Grenoble

Manuel Julián



MJW
WRITINGS

No siempre es fácil dejarlo todo atrás y comenzar de nuevo

El anticuario de Grenoble

Manuel Julián



© **El Anticuario de Grenoble**

Segunda edición: agosto de 2022

Autor: Manuel Julián

Website: julianswritings.com

E-mail: julianwritings@gmail.com

© **MJW** Manuel Julián Writings

Este relato breve pertenece a la colección titulada:

“Frases que hacen nidos” ISBN: 978-84-944102-1-5

Ediciones Dédalo. Barcelona.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Traducción:

Laurie Baughman y Sonia Vanheeghe

© Imagen de portada: Michelle, sheebes.com y Bruno Rosso para archivo Storico del Circolo Fotografico La Gondola - Venezia.

© Diseño gráfico: Dailoscc DCC

Printed by Art Bonaire. Sitges

Publicación: Google Play Books

GGKEY: A36W4NYAEQH

Con cariño para Renato Dávalos,
su hermana Valentina y Max, que
siempre ladra al verme.

Sinopsis

Adrien Lefebvre había heredado el negocio de sus padres: "**Behemot**", una tienda de antigüedades en la fría ciudad de Grenoble.

De joven se había doctorado en historia del arte y le apasionaba la fotografía, su mayor deseo siempre había sido trabajar como conservador del Louvre, pero cada solicitud que enviaba había sido rechazada una y otra vez, sistemáticamente.

Una mañana recibe la visita de un loco que casi hace añicos su establecimiento y desde ese momento Adrien se plantea un profundo cambio de vida. Pone a la venta el antiguo negocio familiar y decide irse a vivir a Brooklyn. Sin embargo, las cosas no salen como habría deseado.

1

Fotos besadas

Grenoble, Francia, noviembre de 2018

No sabría decir a qué era debido, quizá al fuerte olor del abrillantador para metales, el tejido de los tapices, la escasa luz que se filtraba desde la calle o el misterio que envolvía los objetos que habían pertenecido a otras personas. Una tienda de antigüedades le conducía de puntillas hasta el umbral de un mundo misterioso de figuras extrañas y de ambientes lejanos y sugerentes. Adrien Lefebvre, como las limaduras de hierro al imán, siempre se dejaba atraer hasta aquellos objetos, le despertaban un hipnótico interés por tocarlos y olerlos, el olor evocaba en él todo lo demás.

No eran trastos viejos, eran antigüedades y cada una que descubría, entrañaba una nueva historia: ¿Quién fue su dueño? ¿cuál era el ambiente de su época, tuvo que desprenderse de ella o la perdió a consecuencia de una guerra, de un desengaño amoroso, un desahucio, una apuesta?

Se había doctorado con buena nota en *La Escuela Nacional Superior de Bellas Artes*, trabajó varias temporadas en el museo de Bellas Artes y antigüedades de Grenoble y en el Saint-Laurent, el museo arqueológico, después impartió algunas clases en una academia para jóvenes que no podían pagarse la universidad e intentó sin éxito optar al puesto de conservador, para el Louvre, el museo más visitado del mundo. ¡Una locura! Siempre tenía la sensación de que había apuntado demasiado alto y que por eso se había estrellado en el intento, así es que continuó con el negocio familiar: Behemot; la vieja tienda de antigüedades. Esta semana junto con toda la correspondencia había recibido el sexto comunicado de París:

“Apreciado señor Lefebvre..., bla, bla, bla..., nos complace atender sus persistentes intentos de acceder al puesto de conservador, pero lamentamos comunicarle..., bla, bla..., que en estos momentos no es necesario..., bla, bla, bla..., aprovechamos para enviarle un cordial saludo ..., bla, bla,bla...”

Cuando era joven visitó uno de esos establecimientos brocanteur en el V Distrito, el barrio más antiguo de París, su dueño afirmaba poseer objetos recuperados del Titanic, efectos personales de sus pasajeros, como en la película de finales de los noventa. Por supuesto no era cierto, pero su circo mantenía el clímax de la ilusión. Nunca le habían gustado los circos, pero debía reconocer que enseguida se dejaba seducir por el juego de luces.

Del techo colgaban unos calentadores de cobre para las camas, lámparas de aceite o títeres de porcelana, viejas maletas que se arrastraron por medio mundo, libros sobre una mesita presidida por una lámpara con una tulipa verde y un jarrón de cristal gravado con la imagen de unas ninfas. En las estanterías había toda clase de elementos que ya nadie utilizaría hoy, salvo como recuerdos decorativos, eran artículos que en otro tiempo se habían considerado de lujo. Sostuvo en sus manos una cámara de super 8 que todavía conservaba una película Kodak sin revelar, se preguntaba quiénes serían sus anónimos personajes. No pudo evitar mirar a través de la lente y sentir como su imaginación le producía una especie de salto en el tiempo, un retroceso que le llevaría a pensar en todo lo que aquel objetivo habría capturado, instantes impertérritos que sobrevivieron al paso del tiempo. Quizá una mujer solitaria en la playa, con un pañuelo de gasa fina aventado por el aire del atardecer o un niño jugando con su aro entre las fuentes de un parque donde revoloteaban las palomas

o podrían ser las imágenes de un safari en el que el cazador observaba a distancia una manada de rinocerontes miopes ¿quién sabe? La mayoría de aquellas cosas eran absurdas e innecesarias, al menos desde un sentido práctico, pero bien mirado, el arte nunca fue algo práctico, como un cubo y una fregona, sino algo bello que pudiera hacernos la vida más agradable y sugerente.

Hacia la mitad de la Rue Blériot se encontraba *Behemot*, una polvorienta y desgastada tienda de antigüedades y en cuya fachada lucía un hipopótamo de bronce flotando entre exóticos juncos y papiros. Adrien había heredado el negocio familiar, que había pasado hasta él, la tercera generación, desde su abuelo Edmond. En una ciudad como Grenoble, con más de dos mil años de antigüedad, un negocio así podía mimetizarse perfectamente con el paisaje, un friso de casas centenarias refrescadas por la brisa de las cumbres alpinas. En la misma calle había un establecimiento casi tan antiguo como el suyo, la tienda de guantes *Dauphiné*, regentada por Madame Jeannette, una tímida mujer viuda, de su misma edad, muy culta y femenina y que nunca había tenido hijos. En realidad, solo estuvo casada un par de años antes de que su esposo falleciera en un aparatoso accidente de tráfico.

A poca distancia del centro y a casi quinientos metros de altura se encontraba *La Bastilla*, una fortaleza defensiva que ahora solo se defendía de los turistas y sus habituales desperdicios y envoltorios abandonados.

Últimamente Behemot no tenía tantos clientes, la mayoría prefería comprar por internet. Parecía que si alguien no tenía una página web u ofrecía sus productos en las redes sociales ya no existía. Adrien ya no usaba el lápiz o las libretas de contabilidad ni la antigua caja registradora, pero se resistía a la modernidad, porque a pesar de sus ventajas la consideraba sobrevalorada.

A la hora del desayuno, como cada mañana, Adrien se sentaría a mirar viejas fotos. Guardaba una caja oculta bajo el mostrador, la caja de Latón tenía una etiqueta, a modo de archivo, en la que se podía leer: "*Fotos besadas*". Fotos que se habían besado o que alguien besó por algún motivo.

El secreto de esas fotos eran los sentimientos que despertaban en él, se trataba de imágenes sobre despedidas y reencuentros, abrazos y decepciones. Lo mismo que

sintió cuando se fue Beth, la única mujer que hubo en su vida, las otras eran como los adornos de su tienda, viejos recuerdos o antigüedades. Beth era su centro de gravedad, el motivo para madrugar, para encontrar cierta satisfacción en todo lo que hacía, aunque los clientes hubiesen huido a las plataformas de venta online, pero ahora sin ella, todo carecía de sentido. Una mañana, Beth vació la cuenta del banco, hizo las maletas y se subió a un autobús con destino a Toulouse. La nota que pegó a la nevera simplemente decía: *¡Au revoir bébé!* Estaba firmada con su propio lápiz de labios. Se fue sin mirar atrás con la ilusión de una adolescente por reencontrarse con su profesor de fitness, una musculosa y arrogante rata de gimnasio con la que mantenía, digamos que una “íntima relación” desde hacía tiempo.

Adrien intentó que todo aquello no le afectara y como cada mañana abrió su caja de fotos durante el pequeño descanso del desayuno. La deslizó un momento desde su escondite para colocarla sobre el mostrador y entonces se oyó la campanilla de la puerta.

«¿Un cliente? ¡Que inoportuno!» —Pensó

Un molesto y curioso hombre de tosco aspecto que no sabía lo que quería y que probablemente no tenía una idea ni siquiera aproximada de lo que buscaba en un establecimiento como Behemot, entró por la puerta. El turista, que llevaba una bolsa deportiva colgando como una bandolera, comenzó a tocarlo todo y a ponerle nervioso.

—¿Puedo ayudarle? —Le preguntó Adrien.

—Ce n'est pas nécessaire, Monsieur (No es necesario, señor)

Parecía que quería curiosear por él mismo sin ser molestado. Se giró sobre sí en el estrecho pasillo de la porcelana y golpeó con su bolsa de *Puma* una delicada figura a la que decapitó inmediatamente. Mientras se aseguraba de no ser visto intentó reponer la cabeza en su lugar, pero ahora no encajaba y la dejó en una forma poco creíble pero que parecía sostenerse, en realidad la figurilla ahora se parecía más bien a la niña del exorcista. Se detuvo sobre unos soldados de plomo de diez centímetros «seguro que estos no se rompían» —pensó. Y el precio estaba rebajado. Escogió uno de uniforme llamativo.

—*Combien ça coute?* (¿Cuánto cuesta?)

—Cuarenta euros, señor, más la figura que ha roto, son en total 525 euros.

El cliente, un perturbado mental, se puso furioso y le golpeó en la cara, después le lanzó los soldados de plomo. Mientras Adrien se agachaba bajo el mostrador, miles de fragmentos de cristal de bohemia, porcelana china y otros artículos de valor se hacían añicos sobre su desayuno, el cliente armado con un palo de golf, un largo driver con cabeza de madera y empuñadura de caucho, golpeó todo lo que encontraba a su paso, finalmente lanzó el palo lo más lejos posible antes de desaparecer.

Adrien emergió para contemplar el desastre. Se quedó mirando los efectos de aquel tsunami y le invadió una profunda tristeza, además le sangraba la nariz. Toda su vida la había pasado allí, entre aquellos objetos. No viajaba, no tenía demasiadas ilusiones ni perspectivas de futuro. Solo Behemot, el negocio del abuelo.

Una cosa estaba clara, la antigua bolsa de palos de golf nunca tenía que haber estado junto a la puerta, no quiso tocar nada y salió de la tienda haciendo sonar la campanilla de la puerta. Jeannette le observaba desde el aparador de su establecimiento. Si se hubiera tragado su timidez, habría salido a su encuentro y le habría abrazado. Se preguntaba cómo sería el sabor de sus besos, la suavidad de su pelo, el tacto de sus manos sobre su piel. Adrien estaba allí, en la puerta, mirando al infinito. Parecía que en cualquier momento se derrumbaría. Jeannette no tuvo valor para cruzar la calle y salir a su encuentro, se mordía el labio inferior de rabia por su poca iniciativa cuando Adrien, por fin, metió sus manos en los bolsillos y comenzó a caminar.

2

Café frío

Adrien pedaleó en su bicicleta hasta el 21 de la Avenida Léon Blum. La *Gendarmerie Nationale*, era un moderno edificio de cuatro plantas muy acristalado y con amplios espacios verdes y aparcamiento. No fue difícil encontrar un lugar donde sujetar la bicicleta y tras una pequeña declaración de intenciones al policía de turno, subir hasta el segundo piso.

El comisario Legrand intentaba reconstruir los hechos:

—Entonces, ¿no se ha llevado nada? ¿Solo ha sido un susto?

Adrien señaló con el dedo índice su cara: —¿Cree que esto es solo la consecuencia de un susto?

—Entiendo, entiendo..., no perdamos la calma.

—Quiero establecer la relación —prosiguió, —si hubo premeditación o se trató de un hecho aislado y fortuito. ¿Conocía al sujeto?

—Ya le he dicho que no le había visto en mi vida, que era un hombre con aspecto de turista.

—¿Y por qué le agredió?

—¿Por qué no se lo pregunta a él cuando lo encuentre?

—¡Anota esto!, agresión injustificada, —le indicó al municipal que aporreaba las teclas del ordenador: —Daños materiales y físicos.

—Necesitaré un informe médico. Descripción del sujeto..., ¿nos podría decir cómo era? —

Después de casi dos extenuantes horas de regresiones y preguntas que giraban siempre sobre la misma historia, Adrien salió de la gendarmería mucho más mareado de cómo había llegado. El agresor no tenía antecedentes, era simplemente un ciudadano con un mal día, había irrumpido en la tienda de Adrien como un elefante en una cacharrería, pero no se había llevado nada ni le había amenazado verbalmente. Podía presentar cargos, pero el comisario ya le avanzó que la compañía de seguros apenas se haría responsable de los desperfectos porque el establecimiento no disponía de ningún dispositivo de seguridad: alarmas, cámaras o sensores que pudieran disuadir a alguien de hacer algo así.

Adrien, a pesar de ser la víctima, ahora no podía evitar sentirse culpable, pedaleó de nuevo hasta una cafetería mientras el frío gris del mediodía pellizcaba su cara, a menos de cien metros de allí, la bicicleta se frenó bruscamente y Adrien cayó al suelo. Después de casi media hora de intentar sin éxito recolocar la cadena en su lugar, ahora tenía las rodillas doloridas y las manos llenas de grasa para engranajes.

La cafetería *Table Ronde* (La Tabla Redonda) en el número siete de place Saint-André, era la segunda cafetería más antigua de Francia y su propietario un buen cliente y amigo. Adrien se derrumbó literalmente en uno de aquellos sillones.

No era lo que había pasado, era más bien que estaba cansado, pero a pesar de todo lo que había pedaleado en aquella pesada bicicleta de finales de los cuarenta, su cansancio no era solo físico. Se encontraba sumido en un profundo y asfixiante aburrimiento en el que la rutina de cada día le estaba aplastando. No tenía gran cosa por lo que sentirse mejor, no tenía una esposa esperándole, ni hijos, ni padres, ni siquiera un perro que agitara cariñosamente su cola; solamente una antigua tienda,

con mucho polvo y pocos clientes. Ya había visto casi todas las películas de intriga policíaca, sus favoritas, en Netflix, y leído varias veces *"El tercer hombre"*. Hoy sin embargo no se sentía con fuerzas para regresar al punto del libro.

No fue tampoco por el incidente que le partió la nariz, era por todo lo demás, algo más íntimo. Llevaba toda su vida esperando algo, quizá algo que cambiara el rumbo de su existencia, algo más que una caja de latón repleta de viejas fotos y las películas de siempre. Su desayuno se había quedado sobre el mostrador, unos *muffins* rociados con chocolate en polvo por Adélaïde Cookies y que ahora estaban repletos de cristales.

—¿Qué te ha pasado en la nariz? —Preguntó Guiraud, el propietario de la cafetería.

—Han entrado a robar en mi tienda.

—¿Y se han llevado algo?

—Sí, mi amor propio y autoestima.

—No seas tan melodramático, Adrien. El seguro se hará cargo de todo.

—De todo, no. Es posible que recupere alguna cosa, todavía conservo la garantía de cada objeto, pero no se trata de eso.

—¿Entonces de qué se trata? —Preguntó Guiraud mientras preparaba el café como le gustaba a su amigo.

—Se trata de que estoy cansado. No es algo físico. Estoy emocionalmente agotado.

Guiraud trajo dos vasos y la botella de *Frapin* que guardaba para ocasiones especiales, después se sentó a su lado. El coñac conservaba aquel fino aroma de notas florales y un intenso sabor a vainilla tostada. El alcohol hormigueo en la dolorida nariz de Adrien hasta escocerle, pero el segundo trago pasó con más rapidez.

—¿Por qué no te tomas unas vacaciones? Podrías ir a un lugar exótico de arena blanca y chicas en bikini. —Le sugería Guiraud con cierta vehemencia.

—¿Bikinis? Creo que esto no se curaría con bikinis. Estoy harto de todo, ¿no sé si me comprendes? —Respondía Adrien señalando su bicicleta. —Estoy en un punto que no sé que voy a hacer con mi vida...

—Espero que no hagas ninguna tontería. Lo que hacemos con nuestra vida es vivirla. —Guiraud volvió a llenar su vaso mientras el café se enfriaba en la barra. ¿Por qué no te compras una bicicleta nueva y dejas esta en el museo?

Adam lo miró con tristeza: —¿No tienes la sensación de haber desperdiciado tu tiempo? ¿De que la vida ha pasado delante de tí sin que ni siquiera te hayas dado cuenta?

Guiraud no sabía qué responderle: —¡Bienvenido al club! *mon ami* (mi amigo). Bueno, yo siempre he estado aquí, no sabría hacer otra cosa...

Adrien se levantó cuando la botella ya se clareaba y algo tambaleante se dirigió a Guiraud: —¿Dime qué te debo?

Guiraud se puso en pie tirando su silla al suelo por el ímpetu de su gesto: —No me debes nada, viejo amigo. Hoy invita la casa. *Au revoir!* (¡Hasta la vista!)

Esa noche, antes de ir a dormir, Adrien volvió a su lectura preferida: las novelas de Graham Green, hizo un verdadero esfuerzo para abrir el libro, pero las páginas de un buen libro son como una manta de plumas en invierno. La intriga, el misterio y los giros inesperados harían que se olvidara por un rato del dolor de su nariz. El doctor había tenido que recolocar su tabique nasal y todavía tenía la cara tan hinchada que necesitaba alzar el libro para ver el texto completo.

Esa noche se sintió muy incómodo e inquieto. Aquel turista loco había roto tantas cosas que ya, prácticamente le daba lo mismo. Todavía no había hecho inventario de los daños ni denunciado el incidente en la compañía de seguros, en cierto modo no se sentía con fuerzas para todo eso. Sobre las tres de la mañana estaba de nuevo sentado frente a la calle saboreando una humeante taza de té de manzanilla muy azucarado. La temperatura de los pueblos alpinos había descendido por debajo de los cinco grados y el frío aliento de noviembre empañaba el cristal de sus ventanas.

Adrien estaba hastiado de su vida, de su soledad. Esa noche de insomnio, de paseos sobre la moqueta, regresos a su lectura y tazas de té fue sin embargo muy fructífera.

Al día siguiente puso la tienda en venta. Tardó cuatro meses en deshacerse de hasta la última pieza de su negocio, pero con el dinero que había reunido pudo saldar todas sus deudas, comprar una máquina de fotos, dos maletas y un billete para Brooklyn.

Con el tiempo, Behemot se convertiría en una sucursal del *Banque Populaire* dos Alpes, y el recuerdo del anticuario se desvanecería muy pronto en la memoria.

Madame Jeannette le advirtió una y otra vez que se equivocaba, que se trataba de una aventura sin sentido..., lo cierto es que no estaba siendo sincera con Adrien, ella sencillamente, se estaba preguntando cómo sería su vida a partir de ahora, cómo podría vivir sin verle cada mañana, sin tenerle cerca. A pesar de ello le compró la mayor parte del mobiliario y muchos objetos antiguos. Sin darse cuenta había redecorado su tienda de guantes con toda suerte de recuerdos sobre él, cada uno de ellos era una parte de Adrien y ella lo sufriría en silencio. Persistió varias veces con la ayuda de Guiraud, pero Adrien estaba decidido a emigrar a los Estados Unidos.

—Yo solo le aconsejé que se tomara unas vacaciones...

—Tú y tus consejos, ¿te crees que eres Jorge Bucay para ir por ahí diciendo lo primero que se te ocurra? —Le recriminaba Jeannette mientras las lágrimas afloraban en sus mejillas sonrosadas por el frío.

Guiraud y Jeannette se despidieron de él en la puerta de un taxi. Ella se quedó en la calle mientras el Uber se alejaba del barrio, de su ciudad, de su vida. Si hubiese sido suficientemente valiente, le habría acompañado hasta el aeropuerto en Isère, a cuarenta y cinco kilómetros de distancia, aunque una vez allí, la despedida habría sido mucho peor, entre otras cosas porque Adrien no era consciente de lo que sentía su vecina por él. Ni siquiera lo sospechaba. Estaba tan absorto en su cambio de vida, tan centrado en autocompadecerse que no era consciente de todo lo que dejaba atrás.

3

Una fábrica de azúcar

Cuando Adrien vio de cerca la estatua de la libertad, acudió a su mente la sensación de que por primera vez lograba algo importante en su vida, aunque para ello hubiese tenido que invertir hasta el último céntimo. No fue fácil reunir el valor necesario para dejar todo atrás y comenzar de nuevo, no era fácil, pero sí necesario. Quizá transportaría toda su vida esa asfixiante sensación de estancamiento como un pesado lastre, pero debía intentarlo, era un cambio tan radical, que él mismo estaba asustado por las consecuencias de la decisión que había tomado, era en ese momento como tapar el Sol con un dedo, aunque ahora lo mejor era no prestar demasiada atención a ello y mirar hacia delante.

Con una diferencia de seis horas por delante de su horario habitual y después de una travesía de medio día de avión sobre la inmensidad del Océano Atlántico, Adrien se notaba algo mareado.

El robusto Airbus 321 aterrizaba en el JFK, el aeropuerto con mayor afluencia de los Estados Unidos y todo el mundo parecía saber dónde iba. Las ocho terminales de vuelos internacionales estaban a pleno rendimiento y el enorme hall parecía una rosquilla encima de un hormiguero. Como era de esperar, nadie hablaba francés, así es que Adrien tuvo que improvisar. Con la ayuda de un pequeño diccionario de bolsillo titulado: *“Francés Para Dummies”*, y algunos indicadores luminosos pudo acceder por fin a la zona de aparcamiento. Adrien no entendía por qué se consideraban tan

estúpidos a aquellos muñecos utilizados en las pruebas de colisión de vehículos, los dummies, en todo caso eran unos valientes. Por algún motivo, si ahora se comparaba con ellos, él mismo se consideraría igual de temerario.

En su primer día en la bulliciosa ciudad de Nueva York le habían perdido el equipaje, robado sus ahorros al bajar de un taxi y mostrado la dureza de la hospitalidad de los suburbios. Pudo proteger su cámara intacta y con lo poco que le quedaba en los bolsillos pagó la fianza de veinte días de pensión en un desvencijado edificio de ladrillo rojo cerca de la bahía Upper. Tardaría varias semanas en recibir una nueva tarjeta de crédito y mucho más tiempo para que la embajada le pudiera facilitar un duplicado de su pasaporte.

Solo hacía fotografías, no descansaba lo suficiente y apenas comía, solo fotografías que reflejaban diferentes emociones, alegría, tristeza, pasión, desorientación o pérdida. Cada una de esas imágenes le devolvía su mirada interior reflejada en el espejo de un charco de agua sucia. El equipo de revelado y las bandejas las había colocado en el lavabo, que ahora además lucía una luz roja parecida a las lamparitas en los callejones de Chinatown.

Cuando no pudo continuar pagando el alquiler buscó un nuevo espacio donde alojarse, en Francia había tenido un negocio propio, una vivienda confortable, una vida de agradables desayunos, libros y películas antiguas desde su sofá. Aquí no tenía nada, forzar aquella cerradura sería el punto de no retorno, él lo sabía, pero lo hizo.

En el viejo barrio de Williamsburg, muy cerca de la orilla del East River había una fábrica abandonada rodeada de verjas oxidadas, hierbas silvestres y paredes con grafitis. El agua de lluvia había formado en su interior pequeñas balsas de mugre y barro. La antigua refinería *Domino Sugar* había cerrado sus puertas hacía más de quince años y aunque el ayuntamiento ya tenía un plan urbanístico muy discutido por el área más conservadora, de momento todo reposaba a merced de las inclemencias del tiempo. Adrien encontró un rincón seco, cerca de las antiguas oficinas. Tenía un fuego en tierra, un lavabo que todavía funcionaba y un colchón forrado de cartones. Todo sería provisional hasta que pudiera vender alguna de sus fotografías. Como

habría dicho su amigo Guiraud “Una situación desesperada, exigía soluciones desesperadas”. Echaba de menos su coñac para ocasiones especiales, su capacidad para escuchar, echaba de menos muchas cosas que ahora parecían estar tan lejos como todas sus expectativas.

El aire ululaba entre las viejas tuberías de hierro y las ventanas que no tenían cristal habían sido tapadas con planchas de plástico, una tenue luz eléctrica se filtraba desde la calle proyectando un haz fantasmagórico de sombras sinuosas cuando oyó un repentino chasquido de pisadas. Adrien contuvo el aliento y miró fijamente hacia la puerta. El pomo giraba lentamente en el sentido de las agujas del reloj mientras permanecía en silencio, arropado por una manta. Segundos después, un niño afroamericano, de unos diez años entró y se quedó allí de pie observándole:

—¿Quién eres tú? —Preguntó el niño en perfecto inglés de Nueva York.

—¿Cómo que quién soy? ¿Eso no debería preguntarlo yo? —Respondió Adrien en su acostumbrado idioma francés.

—Soy Cuyami, aunque todos me llaman Yami, y tengo hambre —dijo el niño mientras buscaba con la mirada algo de su interés. Esto último lo dijo en un correcto francés.

—¿Cómo? ¿Hablas mi idioma? —Preguntó Adrien

—¡Sí! Mis padres de acogida eran franceses, pero yo no los soportaba.

—¿Tienes algo de comer? —Insistía de nuevo Yami

—No me has dicho qué haces aquí, en esta fábrica abandonada.

—Nosotros vivimos aquí. —Respondió el niño muy seguro de sí mismo.

—¿Nosotros? ¿Qué quiere decir nosotros?

Detrás del niño apareció un sonriente Beagle con manchas marrones y que no cesaba de mover la cola.

—Este es Cooper, mi mejor amigo. Bueno, ya nos vamos...

—¡Espera, espera! le pidió rápidamente Adrien. —¿Cómo me has dicho que te llamabas?

—Me llamo Cuyami, o si lo prefieres: Yami.

—De acuerdo, Yami. ¿Quieres unas galletas rellenas de chocolate?

El fuego de la chimenea, las galletas y la compañía hicieron que el niño y su perro se sintieran más relajados. Yami. Era un pillo que vivía de lo que encontraba o de lo que podía robar en los mercados. Su madre lo había abandonado con pocas semanas en la puerta de Saint Michael's, la iglesia de Sunset Park, el padre, en cambio, nunca lo supo y continuó con su vida. El niño fue de un lado para otro como una pesada maleta hasta caer en casa de los Rousseau, una adinerada familia francesa propietaria de varios restaurantes. Él era un carcamal y ella una frívola señora con caprichos caros, Yami fue uno de esos caprichos, como un coche nuevo, o un teléfono de diseño, hasta que los abandonó. No se sentía querido, aquella no era su familia, así es que ahora vivía con su fiel Cooper en una destartada fábrica hasta que el ayuntamiento decidiera demolerla.

Durante el día, Yami y su compinche de cuatro patas vagaban por la ciudad, tenían sus lugares estratégicos para llevarse cosas sin ser descubiertos, después al caer la tarde regresaban para cenar con Adrien en la vieja fábrica de azúcar. Con lo que habían reunido los tres preparaban un festín en la chimenea.

Adrien dedicaba buena parte del día a realizar fotografías, que después vendía en la calle. No era mucho, pero gracias a ese dinero podía comprar algunos materiales y pagarse un *Hot Dog* de ochenta centavos y algo para el niño y su perro, Cooper.

No estaba muy de acuerdo con la vida que había decidido vivir el niño, pero era evidente que él no era el más adecuado para dar consejos, su mal ejemplo le delataba. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de una apacible armonía, aquella que se produce cuando lo que haces, lo que dices y lo que piensas van en la misma dirección.

Cada día que pasaba se sentía más lejos de sus sueños, había perdido peso y en sus ojos se empezaban a dibujar una mezcla de añoranza. Caminó esa tarde por

Plymouth Street, la piedra caliza del puente de Brooklyn se recortaba entre un firmamento casi azul de estrellas sin brillo.

Mientras observaba el cielo contaminado por las luces de la ciudad, pensó en que había cambiado el hastío de Grenoble por la miseria de Brooklyn, tenía la sensación de haberse equivocado estrepitosamente, todo lo que le rodeaba intentaba confirmarle esa idea. Por un instante recordó la insistencia de madame Jeannette y lo absurdo de este viaje.

Hoy se sentía especialmente débil y abatido, casi tanto como la vez que estuvo a punto de morir congelado en el lago de Monteynard intentando huir de su propia y asfixiante monotonía. Sin embargo, ahora sí había alguien esperándole en casa, un niño y su perro. La compañía de Yami era lo único bueno que le había ocurrido desde su llegada a los Estados Unidos.

Esa tarde, antes de regresar a su refugio, tropezó con unos transeúntes distraídos y la carpeta en la que cargaba sus fotografías se le cayó aparatosamente al suelo. Al momento todo su trabajo comenzó a revolotear sin rumbo por todos los rincones de la calle Plymouth. Una de aquellas instantáneas se detuvo a los pies de un hombre de pelo canoso, jersey de cachemir y americana gruesa de cuadros tostados. La recogió y la estuvo mirando fijamente, alejaba y acercaba la fotografía en silencio.

Pasó un buen rato hasta que Adrien terminó de recoger todo de nuevo. El hombre de la americana de boutique venía hacia él con la última fotografía en su mano: —Esta foto, ¿es tuya?

—Sí, señor

—¿Tienes más fotografías como esta?

Adrien, simplemente abrió de nuevo su gran carpeta de gomas, todo estaba en desorden y muchas fotografías se habían ensuciado. El misterioso hombre las miraba una a una con cierto interés:

—Quiero comprarlas todas, ponga un precio

Adrien no lo podía creer, ¿qué es lo que estaba pasando, se trataba de una broma? Pensó en un precio con el que pudiera comer algo diferente o afrontar pequeños gastos y miró pensativo su cámara de fotos.

—Se las vendo por ciento cincuenta dólares. —El desconocido le miró con un atisbo de sonrisa:

—Le daré trescientos dólares, ¿le parece bien?

—Me parece perfecto, monsieur.

El extraño buscó en sus bolsillos, le dio los billetes y una tarjeta:

—¿Podría venir a verme mañana a esta dirección? Tenga, comprese algo de ropa, y le dio otros 50 dólares más. —Le espero a las diez, y por favor, no llegue tarde.

El hombre se fue por donde había venido, pero todo lo demás había cambiado, Adrien tenía algo de dinero y una entrevista de trabajo. Miró detenidamente la tarjeta:

Early Daily News

Edward Thompson

Editor in Chief

Esa noche entró en un bazar Paquistaní, compró la cena y diversos instrumentos de aseo, después en la gasolinera adquirió unos pantalones azules, una camisa clara y un pullover gris con cuello en pico, también unos zapatos sencillos del número 42.

Le costó mucho conciliar el sueño y se levantó a las siete. El ritual de higiene, esa mañana sería completo, se recortó el pelo, se cepilló los dientes, se afeitó y aseó a conciencia, después se vistió con su nueva ropa, excepto el abrigo, que era el de siempre. Copper necesitó continuar olisqueándole para asegurarse de que era él, a pesar de que hoy olía raro, olía a limpio.

—¿Estás seguro de que sabes lo que haces? —Le preguntó Yami

—¿A qué te refieres?

—Cuando descubran que eres un indocumentado, podrían arrestarte y devolverte a tu país. Ahora no pueden ofrecerte un trabajo, no así. Los de extranjería te pueden repatriar con un solo chasquido de sus dedos. Es mejor no hacerse ver y pasar desapercibidos.

—¿Cómo sabes todo esto? No puedo creer que esté teniendo esta conversación con un niño de diez años.

—No soy un niño, en diciembre cumpliré once años.

—De acuerdo, Yami, agradezco que te preocupes tanto por mi, pero esta es la primera oportunidad que se me ha presentado desde que llegué para mejorar mi situación en este país y no quiero desperdiciarla. A veces hay que arriesgar ¿comprendes?

El niño miró con tristeza la punta de sus desgastadas zapatillas de deporte y luego dijo: —¿Me prometes que volverás?

—Ven aquí, colega. —Le pidió Adrien. Y abrazándolo sobre su cintura: —Te prometo que no me iré a ningún sitio sin ti—

El niño sonrió mientras Cooper alzaba sus patas delanteras.

4

Early Daily News

El Early Daily News se encontraba a más de media hora de camino en dirección a Brooklyn Bridge. No necesitaría ningún transporte público para llegar a la hora de la cita puesto que se encontraba relativamente cerca.

Adrien inició su marcha en dirección a su futuro, su aspecto a excepción del abrigo había mejorado bastante, no podía evitar parecer algo francés, quizá fuese por su pelo y a pesar de ello, el vendedor de hotdogs no le reconoció. Todavía le quedaba algo de dinero para un café, pero pensó que era mejor administrarlo con precaución, a pesar de ello invirtió toda su fortuna en unas chocolatinas para Yami.

El edificio de ladrillo, cemento y cristal, conserva la estructura del diseño original. En la entrada principal de amplios ventanales flanqueados por unas columnas jónicas de casi cuatro metros de altura se encontraba la recepción, un semicírculo de madera y molduras doradas.

—¿El señor Edward Thompson?

La recepcionista terminaba en ese momento de secar su laca de uñas soplando sobre ellas: —Está en una reunión.

—¿Puedo esperarle aquí? —Preguntó Adrien.

—¿Tiene cita previa? Le respondía la señorita Nancy Wood observando el brillo anacarado de sus uñas.

—Sí, dentro de cinco minutos.

—De acuerdo. ¿Puede decirme su nombre?

—Adrien Lefebvre.

La señorita Wood marcó una extensión del piso doce y esperó a que se estableciera la llamada, mientras tanto observaba con aire aburrido el aspecto de paleta del visitante. Adrien a su vez no había perdido detalle de la recepcionista, su escote quedaba parcialmente iluminado por la luz del interior del mostrador y creaba un efecto aparador de pastelería. Ella lo sabía y sonrió cuando Adrien le regaló una mirada, no podía evitarlo, era francés.

—¿Señor Thompson?, tiene una visita. Sí, le digo que suba.

Colgó el teléfono y con aire distraído le indicó a Adrien: —Piso doce, a la izquierda, despacho nueve, no tiene pérdida.

—Muchas gracias.

Adrien se separó unos pasos del mostrador, pero luego se dio media vuelta y le dijo: —Hasta pronto, Moneypenny.

Era una tontería, sí, pero siempre había querido decirlo. Mientras pulsaba el botón verde del ascensor comprobó en el reflejo del cristal como miss Moneypenny sujetaba una parte de su melena rubia tras una oreja adornada por un pendiente de oro y pedrería.

Puerta nueve. Editor in Chief. Era cierto que estaban reunidos.

Adrien llamó con los nudillos.

—¡Adelante!. Pasa y siéntate.

Era un despacho con una mesa de caoba y librerías con revistas, libros y carpetas en desorden. Parcialmente iluminada por una gran ventana desde Astor Place. El aire

mecía los frondosos Tilos haciendo que sus hojas se estremecieran como pequeños paipáis.

—Te presento a dos compañeros de redacción: John Taylor y Pharell Bradley. Ellos también han visto tus fotografías.

Nuestro periódico llega a todos los rincones de Brooklyn, casi tres millones de ciudadanos y una buena parte de Nueva York, aunque se distribuye para todo el país. Nuestro lema es el de las tres "C": Curiosos, Creativos y Constructivos.

—¿Crees que podrías encajar en esa descripción?

—¿A qué se refiere?

—Nos gustaría que formaras parte de nuestro equipo.

Adrien se quedó mirando al director de redacción, sus palabras llegaban como una fina y refrescante lluvia después de un caluroso verano.

El jefe Thompson solucionó en menos de una semana lo de su permiso de residencia y de trabajo: la Visa EB3, una nueva domiciliación bancaria, tarjeta de crédito y documentación. A través de sus contactos, pudo ayudarle también a adquirir un apartamento de ciento veinte metros cuadrados con terraza y jardín a un precio muy por debajo la tasación de mercado.

Las fotografías de Adrien Lefebvre aparecían en la portada del Early Daily y el periódico había aumentado sus ventas. El nuevo fotógrafo acompañaba a Taylor y Bradley en sus entrevistas y búsqueda de nuevas noticias, poco a poco, el rotativo comprendió la importancia del trabajo que estaba desarrollando Adrien al reforzar los textos con imágenes.

La primera semana pasó volando y el sábado por la mañana Adrien dio un largo paseo y tomó un café, uno de los buenos. Había música en la cafetería, el silbido en el comienzo de una canción titulada "*Wind of change*" (Viento de cambio) le hizo recordar todos los cambios que se habían producido desde su llegada a Estados Unidos. Ese momento, con la taza en la mano y el calor en los labios, era un momento

suyo y le reconfortaba reconocer todo lo bueno que se podía encontrar en los pequeños gestos.

La avenida Bedford estaba repleta de gente y justo delante de la cafetería se encontraba *Whole Foods Market*. En Nueva York los supermercados no son de gran tamaño y los clientes compran con cestas de mano, a pesar de ello, suelen estar muy concurridos. Adrien estaba disfrutando de su gran instante junto a la ventana cuando vio pasar a Yami. El niño le pidió a Cooper que le esperara en la acera, ni siquiera lo ató a la farola y después entró en el supermercado. Cuatro minutos después salió corriendo con una bolsa de diez kilos de patatas congeladas, Cooper le acompañó de inmediato y detrás de ellos el guardia de seguridad les gritaba que se detuvieran.

Adrien apuró su café de inmediato y salió precipitadamente a la calle intentando no llamar demasiado la atención.

Horas después, Adrien todavía estaba en el supermercado pagando todos los desperfectos e intentando convencer al dueño de que no denunciara al niño. El responsable de seguridad se quejaba de que no había sido la primera vez y que estaban cansados de persecuciones. Finalmente llegaron a un acuerdo "amistoso" que le costó la paga de todo el mes y un sin fin de ruegos, disculpas y promesas.

Esa noche Adrien fue a la fábrica de azúcar. Yami estaba allí, friendo sus dichas patatas.

—Hola Yami. ¿Cómo estás?

El niño corrió a su encuentro y le abrazó. —Yami tenemos que hablar

Tres semanas después, Adrien y Yami tenían una cita con la Asistente Social en el juzgado Kings County de la calle Adams. La sala estaba muy concurrida por algunos vecinos, una buena parte de la redacción del *Early Daily*, miembros de la compañía de seguridad de supermercados y la propia *Money Penny*. La juez Elizabeth Connors presidía la sesión:

—Según esto, el joven Cuyami Drayton de once años ya ha sido alojado con cuatro familias de acogida, tiene denuncias por pequeños hurtos, no recibe una educación escolar ni asistencia médica y vive en la calle. ¿Dónde están sus padres?

La señora Murray, la asistente social se puso en pie para tratar de responder: —No hemos podido localizarlos, señoría. A la madre le perdimos la pista en 2009 en el Brookdale Hospital donde fue atendida por sobredosis. Se fugó de la UCI en cuanto recuperó el conocimiento y no hemos podido encontrarla. En cuanto al padre, no hay constancia de que siga en el país ni seguridad en cuanto a su identidad actual.

—¿Qué quiere decir con su identidad?

—Bueno, nunca hemos sabido quién era, ella no quiso hablar de él, solo que se había alistado en el ejército y caído en acto de combate.

La juez Connors meditó en silencio durante unos interminables minutos, después miró al niño y a los asistentes. —Tal y como yo lo veo y en referencia a las leyes que nos amparan en la ciudad de Nueva York, solo encuentro una solución para este caso: que el niño quede bajo la tutela de un centro privado para menores donde reciba la educación y la atención necesaria para reinsertarse en la sociedad cuando alcance la mayoría de edad y pueda decidir por sí mismo.

—Mi señoría. Queremos proponer una solución alternativa para el bienestar del niño.

—Sra. Murray, acérquese al estrado.

La asistente social recogió sus documentos y caminó hasta el atril de los magistrados.

—Mi señoría, con mis respetos. Traemos los documentos de custodia y adopción solicitados por mi cliente.

La juez Connors le miró por encima de sus gafas y con gesto severo: —¿Por qué no ha facilitado antes estos nuevos documentos?

—Le ruego que me disculpe, ha sido culpa mía. Hemos tardado algún tiempo en el proceso y los trámites para que toda la gestión estuviera avalada por los organismos que represento.

—¿Quién es el solicitante?

—Sí, aquí está su documentación y datos de residencia.

—De acuerdo. Vuelva a su sitio.

—¿Señor Lefebvre?

Adrien se puso en pie para responder a las preguntas de la juez Connors: —Sí, mi señoría.

—¿Por qué desea usted adoptar al niño Cuyami Drayton?

—Señoría. Hace algún tiempo que nos conocemos. Hemos llegado a ser buenos amigos y hemos compartido muchas cosas. Ambos estamos solos y hemos comprendido lo mucho que nos necesitamos. En estos momentos dispongo de un trabajo bien remunerado y una amplia vivienda de tres habitaciones. Sé que podría ser un buen comienzo y estoy dispuesto a darle a Yami todas las oportunidades que no ha tenido hasta ahora para su educación, asistencia médica y también, el cariño de un padre.

Adrien hizo una pausa. Estaba visiblemente emocionado.

—Puede sentarse, señor Lefebvre. Muy bien, que el niño se ponga de pie para responder a unas sencillas preguntas.

El pequeño Yami sonreía mientras arreglaba su pajarita de violines azules. Todas las miradas de la sala estaban puestas en él. Le picaba un poco la americana, pero había decidido no decepcionar a Adrien, no en un momento como ese.

5

Vientos de cambio

Varias semanas después.

Había estado nevando toda la noche y la ciudad amaneció con el aspecto de un gran bizcocho azucarado.

Yami había decorado su habitación con personajes de *Stranger Things*, su serie favorita y también de *La Guerra de las Galaxias*. El niño tenía casi la misma cantidad de juguetes como de libros, Adrien le había inculcado su amor por la lectura de Graham Green y Cooper, a pesar de que tenía su propia caseta en el jardín, había pasado la noche a los pies del niño.

La adaptación de Yami al Henry Bristow School, había sido progresiva, hasta ahora su actitud independiente le ocasionaba algunas dificultades para el trabajo en equipo, así como lo de seguir y obedecer sencillas instrucciones. Lo peor para él había sido sin embargo separarse de Cooper durante buena parte del día. Adrien le recordaba una y otra vez el lema de la escuela: *"Dime y lo olvido, enséñame y lo recuerdo, involúcrame y lo aprendo"*. La frase sobre la importancia de implicarnos en lo que hacemos fue dicha siglos atrás por Benjamin Franklin, uno de los fundadores de los Estados Unidos.

La escuela estaba en Park Slope, a solo veinte minutos en transporte escolar desde la calle nueve y Yami, que ya había hecho nuevos amigos, no quería que Adrien fuera a esperarle a la puerta del colegio.

Antes de navidad, la redacción del Early Daily buscaba una buena historia para la columna de héroes anónimos. Adrien no se consideraba precisamente un héroe, pero en cierto modo había logrado muchas cosas en poco tiempo: un hogar, una familia, una seguridad económica, un trabajo que siempre despertaba su lado más creativo...

El jefe Thompson estaba de acuerdo con el resto del equipo:

—Adrien, esta historia deberías escribirla tú.

Adrien buscó en su interior y finalmente accedió a redactarla. Mil doscientas palabras a doble espacio.

La historia se tituló: "*Yami y la fábrica de azúcar*", donde el verdadero héroe de su relato era un niño de once años y su pequeño Beagle. La historia conmovió a sus lectores e incluso al ayuntamiento, que decidió convertir la vieja fábrica en un museo. El éxito del relato de Adrien hizo que la redacción se replanteara muchas cosas y desde ese momento la columna sería la columna Lefebvre, de manera que además de las fotografías, ahora su nombre también aparecería en la página dieciocho con una pequeña fotografía que no le hacía mucha justicia, pero que reflejaba su espíritu inquieto y creativo.

A mucha distancia de allí, Madame Jeannette recibía una carta de Estados Unidos, Adrien estaba bien y tenía muchas cosas que contarle. Además de la carta, había una fotografía de Adrien con un niño afroamericano muy sonriente y un perro. La carta incluía también el recorte de una página de periódico de Brooklyn con su nombre.

Adrien se disculpaba por no haber escrito antes y luego le ofrecía una invitación para visitarlo en su nuevo apartamento del barrio de Brooklyn Heights.

Jeannette nunca había salido de Grenoble y le horrorizaba la idea de volar, pero recordó aquel antiguo proverbio sobre que esperar o estar toda la vida esperando puede enfermarnos el corazón, así que después de pensar en ello todo un fin de semana, colgó el cartel de cerrado por vacaciones. Le parecía que estaba cometiendo un delito, pero lo hizo; se tomó dos pastillas antipánico y subió a un avión.

Las calles de Brooklyn, por la mañana, son como las calles de cualquier otra ciudad del mundo, persianas que se abren, personas que bostezan, vagabundos que arrastran sus cansados pies a ninguna parte, rutinas y costumbres que tímidamente despiertan para recibir la luz de un nuevo amanecer.

Donovan conducía su camión isotérmico como cada mañana, pero hoy se sentía especialmente cansado, sus hijos, George y Jenny de nueve y ocho años respectivamente, tenían la gripe y mientras su esposa se ocupaba del pequeño Ron, él, había pasado casi toda la noche sin dormir sentado en una infantil butaca de estampados Disney. Se estaba frotando los ojos cuando el semáforo cambió inesperadamente de verde a rojo mientras un hombre cruzaba el paso con su perro.

Por primera vez en su vida madame Jeannette había sido espontánea, casi impulsiva aceptando la invitación de Adrien. El avión aterrizó a la una del mediodía, pero Adrien no estaba en el aeropuerto como le había prometido. Después de una larga espera, Jeannette mostró a un taxista una dirección anotada en el remite de un sobre, el 314 de la calle Hicks. Casi dos horas después se encontraba delante del apartamento de Adrien, pero, aunque ya había llamado varias veces, allí no había nadie. Por un momento pensó que todo había sido un error, lo de venir y todo lo demás, aunque luego le pareció mejor ser paciente y se sentó en los escalones del portal. La calle estaba jalonada de árboles verdes y verjas que conducían a los sótanos de unos edificios de ladrillos rojizos, cocidos hacía más de un siglo.

La gente le miraba al pasar, era evidente por su aspecto europeo y su maleta que, o bien se había perdido o se había equivocado. La tarde caía sobre la ciudad cuando un transporte escolar se detuvo delante de la casa y un niño de piel tostada y rizos negros se acercó hasta ella sujetando su mochila.

—Hola. Tú debes ser la señora de los guantes.

—Hola Yami, veo que no se te escapa ni una. Lo tendré presente en el futuro, aunque todavía no sé si puedo fiarme de ti.

—¿Por qué lo dice, es que va a contarme un secreto?

—Todavía es un poco pronto para eso, ¿no crees? Primero tendríamos que saber dónde está Adrien. Por cierto, hablas muy bien francés.

—Gracias. Es muy raro que no haya llegado ya, a estas horas siempre está en casa. Aquí hace frío. ¿No prefiere entrar?

—¿Tú tienes una llave?

—¡Claro, ya soy mayor!

Yami llevaba una llave colgada del cuello por un sencillo cordón de zapatos. Jeannette hizo rodar sus maletas al interior de la casa y lo miró todo con atención.

—Siempre le digo que se compre un teléfono, pero no me hace caso. Ahora podríamos llamarle para ver qué ha pasado.

Jeannette y el niño se sentaron en el sofá del comedor. En la pared había una litografía de una obra de Andy Warhol inspirada en Elizabeth Taylor, estanterías con muchos libros, un viejo palo de golf que Jeannette reconoció inmediatamente, era el principal culpable de todo aquel desastre, el mismo palo con el que un loco destrozó buena parte de la tienda de antigüedades de Adrien.

Había mucho silencio entre ambos y entonces Jeannette recordó:

—Te he traído un regalo

—¡Un regalo para mí! —Exclamó Yami

—Sí, lo llevo en una de mis maletas.

Jeannette sacó un paquete del tamaño de una caja de zapatos envuelto con un papel dorado y un lazo rojo. Se lo puso en las manos al niño.

—¿Puedo abrirlo?

—¡Por supuesto!, ¿Si no cómo vas a saber lo que es?

Yami desenvolvió el paquete con mucho cuidado y a la vez impaciencia, era algo realmente emocionante, un regalo inesperado. Cuando por fin terminó se quedó atónito:

—¡El halcón milenario! 5.000 piezas en 3D! Es fantástico.

El niño se aproximó a Jeannette, que le extendía la mano, pero el niño le dio un sencillo beso en la mejilla y un abrazo: —Muchas gracias por pensar en mí. ¿Podemos comenzar ahora?

Cuando habían desempaquetado todo, leído las instrucciones y ensamblado las primeras piezas se escuchó un ruido en la puerta de la calle.

Al instante un pequeño Beagle irrumpió en el comedor saltando alegremente.

—Veo que le caes bien a Cooper. Perdóname, por llegar a esta hora, pero un camión ha atropellado a un hombre y he tenido que ir urgentemente a fotografiarlo todo para el periódico.

Cuando Jeannette vio a Adrien sintió que ya no necesitaba respirar, nunca se había alegrado tanto de ver a alguien, se puso en pie y caminó a su encuentro, pero tropezó con Cooper y una arruga de la alfombra hasta aterrizar en los brazos de Adrien, todo lo demás era natural y no necesitaba explicación.

No hubo una primera vez con ella, nunca la hubo, pero el viento de Brooklyn arrastraba los aromas salinos de un mar tempestuoso y secretamente adormecido, un sueño que iba a despertar, que iba a hacerlo ahora.

Adrien tenía razón, la espera le enfermaba, ella, ahora lo comprendía dentro de su inexplicable dimensión, pero hoy todos los minutos, días y años se habían fundido en ese intenso abrazo.

Coper movió la cola muy contento y ladró una vez. Jeannette ya había cruzado el Atlántico por primera vez en su vida, así es que estaba decidida a no tener miedo, a

que nada volviera a separarles y besó al anticuario de Grenoble. Adrien la miró detenidamente y regresó a la suavidad de sus labios.

Mientras tanto un niño construía su puzzle del Halcón Milenario, la gente continuaba con sus cosas y una sutil brisa mecía los árboles en las calles de Brooklyn.

Fin